

Las uruguayas que amamos

Musas, escritoras, poetas de la Banda Oriental

MARC CAELLAS

“Cuando se escribe, creo, es difícil convencer al lector de que una persona es atractiva. Uno puede decir que una persona es hermosa, que un hombre es guapo, pero ¿dónde está la chispa deslumbrante, en la mirada del narrador, en la obsesión? ¿Cómo mostrar con palabras la exacta conjunción de rasgos de una cara que provocan esa locura sostenida en el tiempo? ¿Y la actitud? ¿Y la mirada? Solo puedo decir que ella tenía una nariz uruguaya. No sé cómo explicarlo mejor. Esas narices de la Banda Oriental, bien llevadas, con una leve comba, un puente alto, como la erre de su nombre, el desafío etarra de su linaje vasco, en su nariz. Ni un grado más ni un grado menos en ese ángulo, y ahí estaba la matemática secreta de su belleza. ¿Y los ojos verdes, y su boca de beso constante? Sí, sumaban a lo sexy, pero sin la altura de su nupio bético Guerra no hubiera sido Guerra.”

Guerra es el apellido de la uruguaya con la que se obsesiona mal el narrador de la primera novela de Pedro Mairal que se publica en España. “Guerra” es también la que sostiene Lucas consigo mismo, un escritor cansado de su mujer, país, profesión, que cree que al otro lado del Río de la Plata recuperará la pasión por la escritura o, si no, al menos vivirá un romance que le dará crédito para sostener un tiempo más su ficción monogámica. Lucas es un padre arrepentido que, de golpe, entiende el lado grotesco de la paternidad. Es como cuidar a un niño borracho que no entiendes qué dice, dijo en una entrevista Mairal.

¿De qué viven los escritores argentinos?

“Eso era Montevideo para mí. Estaba enamorado de una mujer y enamorado de la ciudad donde ella vivía. Y todo me lo inventé, o casi todo. Una ciudad imaginaria en un país limítrofe. Por ahí caminé, más que por las calles reales.”

‘La uruguaya’ (Libros del Asteroide, 2017) es también una novela sobre Montevideo, una ciudad que a primera vista parece ideal para anidar en ella y vivir por siempre jamás, pero que, al arañarla un poco, revela la violencia latente y camuflada bajo la imagen impostada de la Suiza de América. Una novela na-



Una uruguaya en un balcón de Ciudad Vieja, en Montevideo.

rrada con una voz íntima y coloquial, que obliga a escuchar/leer todo el cuento de un tirón. Una novela sobre el dinero, un tema poco manido en la literatura argentina: ¿de qué viven los escritores argentinos? ¿De los dólares que esconden en Uruguay? ¿Y sus editores?

“Volver a empezar. Levantar se de las cenizas. Arrancar de cero. Nos han hecho creer que hay algo heroico en ese empecinamiento. Cuando lo conocí, el ciego Lencina también estaba empuñado en ‘salir adelante’. Usaba mucho esa frase, me acuerdo, como si el pasado quedara en alguna parte, como si fuera un lugar del que se puede entrar y salir y no una condena tan presente como ese árbol que veo por la ventana y que hoy mismo podría caerme encima”, leo en el cuento que abre ‘No soñarás flores’ (Laguna libros, 2016), libro de la también uruguaya Fernanda Trías, que alguien debería publicar en España. Y no solo por su nariz, notable, o su apellido de origen catalán, innegable, sino sobre todo por su escritura honesta, su manera artesanal de enfrentarse a la literatura, como si fuera una pescadora te-

jiendo una red para atrapar al lector: “Le dije que la valentía era solo una línea y que cruzarla tenía algo de voluntad.”

El primer cuento tiene una atmósfera pesada, como de hospital, con un olor que marea, como de geriátrico mal ventilado. Al terminarlo siento un malestar, me duele el estómago, tardo unos minutos en recuperar el buen ánimo, en “salir” del texto. Pienso en mis días en Cabo Polonio, pongo un tema de Ana Prada y, al instante, transformo el malestar en una melancolía uruguaya con lobo de mar al fondo.

‘La muñeca de papel’ es un cuento ambientado en un shopping de Montevideo que fue antes una cárcel y, “a su manera, lo seguía siendo. En cada tienda había una chica aburrida que miraba hacia fuera, una chica desesperada.” Una madre intenta recuperar el afecto de una hija a la que abandonó por una búsqueda personal que tampoco la llevo a ningún espacio de felicidad. La tristeza que siento como lector se atenúa un poco con mis recuerdos caminando por esos pasillos hace más de diez años. Si me leyendo para saber si la tensión

(¿sexual?) con el mozo se resolverá al final, si la hija volverá al shopping o si la narradora aprenderá algo, pero no hay finales felices en los cuentos de Trías.

Así, en ‘Marnay’ la apatía vital de la narradora se traslada a las afueras de París, a un pueblo donde conviven en armonía los pájaros, la central nuclear y los parroquianos que se reúnen al caer la tarde para beber vino tinto protegidos por el aura de Serge Gainsbourg. Atraviesa el relato el espíritu decadente de estos escritores “malditos”, a los que en algún momento de nues-

cribe Trías. Pero es que durmiendo solo no se sueñan flores, ni tampoco durmiendo en un trío, aunque sea estable, como el de mi cuento favorito, ‘Anatomía de un cuento’, en el que la narradora constata la imposibilidad de contar mientras cuenta lo difícilmente contable.

Las uruguayas de armas tomar suelen enamorarse del hombre que no deben. Para muestra, la poeta Idea Vilariño: “Uno siempre está solo/ pero / a veces / está más solo”. Poesía completa (Lumen, 2016) es una manera “ideal” de entrar en el mundo de una poeta reservada y solitaria de quien se dice que en sus cosas, sus amores, era exigente hasta el odio. Así son las uruguayas. Opacada en vida por su larga relación con Onetti, una vez muerta se lee y relee con el entusiasmo con el que amamos a las uruguayas, en las ficciones literarias y en las que vivimos en el extranjero.

No hay finales felices en los cuentos de Trías

tra vida hemos admirado. Termina el cuento y dudo con cuál de las dos amigas preferiría salir a cenar. Ninguna disfruta de las bondades de dormir acompañado. “Negarse a dormir es una forma de muerte. Ahora solo cabe perfeccionar ese capricho, llevarlo hasta el final.”, es-

“Buscamos cada noche con esfuerzo entre tierras pesadas y asfixiantes ese liviano pájaro de luz en un gemido.”